



Pascua

Hoy toca la palabra “Pascua”. Vivimos una Pascua muy extraña. Pues la Pascua es el sacramento de la alegría, de la expansión, de la vida. Se rompe la piedra y Cristo sale del sepulcro.

La Pascua, de por sí, debería ser un signo de alegría. Su celebración en primavera dice precisamente eso. Según san Ambrosio, por ejemplo, la primavera es el momento adecuado de la Pascua, porque es el momento en que las cosas comienzan, se expanden, preparan su fruto. San Ambrosio añade que también en primavera creó Dios el mundo, para que al empezar se mostrara toda la fecundidad de su obra.

Y, sin embargo, esta Pascua...

Siempre hay Pascuas difíciles, marcadas por una tristeza o preocupación, en que recordamos que la Pascua nos invita siempre a volver la mirada a la última Pascua. Pero la diferencia es que esta situación difícil nos toca hoy a todos, a nuestra sociedad entera.

Pero también esto nos puede ayudar a recordar el sentido de la palabra “Pascua”, que tiene que ver con el paso del mundo hacia su fruto pleno en Dios. Privados del signo externo de la alegría, tal vez se nos revele mejor el sentido profundo de la Pascua.

Esta Pascua nos puede ayudar así a mirar, no a la alegría que ya experimentamos y palpamos, sino a una alegría oculta que la Pascua ya comunica. Pues en la Pascua hay más alegría que la que vemos, y es esa alegría extra la que hoy nos toca descubrir.

San Agustín recibió una carta del obispo Januario que le pedía explicación sobre el Triduo pascual. Y le explica que en este Triduo todo habla del gran paso de las cosas hacia Dios, poniendo el ejemplo de la luna llena. Este es el momento, dice, en que la luna está más alejada del sol, justo a partir de ahora la luna se va a ir acercando más al sol y va a ir reflejando menos luz hacia la tierra. Del mismo modo también nosotros, desde la Pascua, nos acercamos más a Dios, siguiendo a Cristo en su paso al Padre.

Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo. Este es el paso de la Pascua, de la tierra al cielo, como la luna que se acerca al sol y a su luz. Pero atención: las cosas de arriba, no son solo las cosas espirituales. Pues lo que hay arriba es el cuerpo de Cristo.

El paso de la Pascua no va de la carne al espíritu, sino de la carne sin Dios, de la carne egoísta, cerrada en sí, a la carne en Dios, a la carne que reconoce las relaciones y vive para ellas. Por eso la Pascua nos llena de esperanza por el curso del mundo, hoy tan amenazado por la pandemia. No nos dice: da igual, todo pasa, abandona tus intereses, la pandemia lo ha destruido todo, pero esto no importa. Sino que nos dice: hay esperanza; la enfermedad no es el destino; tu familia, tu trabajo, tus relaciones, están llamadas a resucitar con Cristo.

Hasta ahora he estado explicando cada día una palabra, tratando de ver cómo esta epidemia de coronavirus contenía una palabra de Dios para todos nosotros. Hoy hemos llegado a la palabra más grande de la fe cristiana, que es la Pascua, la Pascua de la resurrección de Jesús. En Pascua ha sonado una nueva palabra: la alabanza del Resucitado al Padre. Más allá de todas las razones que podemos encontrar en nuestras palabras, o como meta de todas estas razones, está el canto, la alegría: “Aleluya”. San Agustín lo ha expresado así al final de su Ciudad de Dios, diciendo que al final todo será alabanza de Dios: “Allí descansaremos y contemplaremos, contemplaremos y amaremos, amaremos y alabaremos. He aquí lo que haremos al fin, y lo haremos sin fin”.